Compendio
de la
Doctrina Cristiana

Por
EDWARD W. A. KOEHLER, D.D.
(1875-1951)

EDITORIAL CONCORDIA • SAINT LOUIS

Titulo original en inglés: *A Summary of Christian Doctrine*, propiedad literaria © 1939 por Edward W. A. Koehler; propiedad literaria © 1952 por Alfred W. Koehler. Usado con permiso de Alfred W. Koehler.

Traducido al castellano por Juan Elías Rubio

Propiedad literaria © 1993 Editorial Concordia
3558 South Jefferson Avenue, Saint Louis, Missouri, 63118-3968 USA
1-877-450-8694 • cph.org

Derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación debe ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en alguna forma o por algún medio, electrónico, mecánico, fotográfico, grabado, o de otra forma, sin previo permiso escrito de Editorial Concordia.

Editorial Concordia es la división hispana de Concordia Publishing House.

Impreso en los Estados Unidos de América

6 7 8 9 10 11 12 13 14 25 24 23 22 21 20 19

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

En el Capítulo 8 del Evangelio según San Juan, Jesús dice: «Si vosotros permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (San Juan 8:31-32, *Biblia de las Américas*). Estas palabras de nuestro Señor son, en realidad, la razón por la cual este libro, y todos los otros libros similares existen. Con ellas él nos recuerda que la profundidad de nuestra fe depende no sólo de nuestra asistencia a los cultos de adoración—tan importante como ellos son—sino, también, del tiempo que dedicamos a la oración y al estudio de su palabra. Si vamos a ser sus discípulos, ¿cómo vamos a lograrlo si no dedicamos parte del tiempo que tenemos disponible al estudio de su palabra? Y si vamos a estudiar su palabra, ¿vamos a estar satisfechos con la lectura de la Biblia sin sondear su profundidad, sin meditar sobre su significado? ¡Claro que no! Jesús nos la ha dado para que aprendamos más y más acerca de Dios y de lo que él ha hecho por nosotros.

El fin de nuestro estudio y nuestra meditación es el conocimiento de la verdad acerca de nosotros, acerca de nuestro Dios y acerca del universo que él ha creado para nuestro bienestar. Sólo cuando descubrimos la verdad que Dios nos ha revelado en su palabra, nos vemos como realmente somos, pecadores necesitados de la gracia de Dios; lo vemos a él como realmente es, un Dios justo, pero sumamente bondadoso; un Dios que estuvo dispuesto a sacrificarse a sí mismo para rescatarnos de la escoria en que vivimos y así librarnos del pecado que continuamente estorba la vida gozosa que él nos ha concedido.

Compendio, por medio del estudio sistemático de las doctrinas bíblicas, nos ayuda a comprender lo que Dios nos dice en su palabra, a profundizar nuestra fe y a confiar en las promesas que

él nos ha hecho—promesas que, por la gracia de Dios, nos conducen a la vida eterna en las mansiones celestiales que él ha preparado para todos los que confiesan su nombre.

Deseamos expresar nuestra gratitud a la familia Koehler por permitirnos ofrecer esta obra al pueblo hispano, y a *Lutheran Brotherhood Foundation* por su apoyo generoso.

Editorial Concordia
11 de febrero de 1993

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Si la verdad de la Palabra de Dios ha de llevar a cabo su propósito divino, debe ser enseñada y aceptada como está revelada en las Sagradas Escrituras. Cualquier cambio o corrupción de estas enseñanzas necesariamente afectará la influencia que ellas tienen en los corazones y la vida de los hombres. Si es guiado por una información errónea, el hombre tomará el camino equivocado. Solamente la doctrina verdadera puede crear la fe verdadera en nuestros corazones y llevarnos por el camino correcto a través de la vida.

Consciente de esto, al escribir este *Compendio de la Doctrina Cristiana*, el autor fue guiado por esta sola consideración: ¿Qué dice Dios en su palabra?, y por eso ha documentado todas sus declaraciones con referencias bíblicas pertinentes. Con la excepción de algunos casos, él no ha intentado refutar enseñanzas erróneas, sino que en una forma positiva ha declarado lo que enseñan las Escrituras. A aquellos que buscan información acerca de la posición doctrinal de las iglesias cristianas y de otros cuerpos religiosos, se les recomienda *Popular Symbolics*, libro excelente, publicado por la Editorial Concordia de San Luis, Misuri.

La razón por la cual este *Compendio* fue escrito fue para proveer a los estudiantes con un manual adecuado para ser usado en la clase, junto con la Biblia, como base para la discusión de las doctrinas cristianas. Entre el Catecismo, usado en la instrucción elemental, y las obras mayores sobre la dogmática usadas en los seminarios teológicos, no tenemos en la actualidad ningún libro que de una manera concisa y fácil de comprender trate sobre las doctrinas de las Escrituras en forma sistématica. Sin tratar de suplantar los trabajos más eruditos usados en los seminarios teológicos, el *Compendio* puede satisfacer una verdadera necesidad en las universidades cristianas.

Sin embargo, el *Compendio* puede ser de mucha ayuda a los pastores en el ministerio para repasar la doctrina cristiana, recordándoles lo que han aprendido, cristalizando sus conceptos doctrinales, e incitándoles a estudiar más profundamente las verdades divinas. La materia ha sido arreglada para que se pueda ampliar fácilmente en documentos y ponencias doctrinales en las conferencias y en las congregaciones. Pero puede servir de mucha ayuda particularmente a los maestros de las escuelas parroquiales o las escuelas dominicales, para ayudarlos a clarificar y ampliar sus conocimientos de las verdades que ellos enseñan a sus alumnos. Ningún maestro debe pensar que por el hecho de continuar su aprendizaje en otros campos de la enseñanza, el ya sabe lo suficiente para enseñar a los niños las simples verdades del Catecismo, y, por lo tanto, no necesita más estudios. Una enseñanza confusa muchas veces es el resultado de un conocimiento confuso. Para enseñar bien una lección, es preciso conocerla bien, y se debe saber más que la lección que se desea impartir. Por eso dice Pablo: «Ocúpate en la lectura», 1 Ti. 4:13. Un estudio del *Compendio* nos ayudará a comprender mejor el Catecismo, pues nos ayuda a penetrar más profundamente en sus enseñanzas. Por esta razón el *Compendio* puede ser usado con provecho en los estudios privados y también como un texto básico para las clases que los maestros imparten en las escuelas dominicales y las instituciones.

El *Compendio* es una exposición clara y sencilla de las doctrinas de la Biblia. Evitando el uso de términos y discusiones técnicos también debe ser útil para el laico. La ignorancia causa indiferencia, y la indiferencia lleva a la pérdida de la verdad. En nuestros días el conocimiento religioso es muy vago y superficial en muchos lugares. En la prensa y la radio se ventilan ideas y opiniones «religiosas» que obscurecen y tuercen las verdades fundamentales de la Biblia. Es importante, por tanto, que los laicos de la iglesia también estén bien adoctrinados para que puedan crecer en el conocimiento de la palabra de Dios, más allá de la instrucción elemental que recibieron en su juventud. No es suficiente que tengamos la verdad en nuestros libros y Biblias;

debemos conocer la verdad. El conocimiento de la verdad nos fortifica contra el error.

Las obras de muchos escritores reconocidos en el campo de la doctrina cristiana fueron consultadas al escribir este *Compendio*, y fueron citadas directamente cuando, en la opinión del autor, expresaban adecuadamente el punto en discusión. Se encontrarán numerosas referencias bíblicas, y éstas deben ser cuidadosamente estudiadas para que el lector pueda verificar por sí mismo si las doctrinas están de acuerdo con la palabra de Dios (Hch. 17:11). Nuestra fe no debe estar construida en lo que dicen los hombres, sino en lo que Dios dice en su libro; sólo de esta manera pueden nuestros corazones ser establecidos (He. 13:9). Las frecuentes referencias a, y citas de, las Confesiones de nuestra iglesia sirven el propósito definido de demostrar que las enseñanzas de la Iglesia Luterana están en completo acuerdo con la Biblia. Se espera, por lo tanto, que un estudio del *Compendio* animará a muchos a estudiar también las Confesiones de la Iglesia Luterana con el fin de que finalmente pueda ser lograda una unidad de fe verdadera por todos los que profesan adherirse a ellas.

El autor desea expresar su agradecimiento a todos los que lo animaron y ayudaron para que este libro se publicara; especialmente al Dr. C. F. Brommer de Seward, Nebraska, y al Dr. Th. Engelder de San Luis, Misuri, quienes han leído el manuscrito y ofrecieron muchas sugerencias beneficiosas.

Que el Señor bendiga el estudio de este *Compendio* para que podamos entender mejor y creer más firmemente la verdad que nos libera. «A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús».

River Forest, Illinois, 29 de enero de 1939
Centenario de la Inmigración Sajona
EDWARD W. A. KOEHLER

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

La gran popularidad y el uso evidente de la primera edición de *Compendio de la Doctrina Cristiana*, así como el deseo expreso del Dr. Koehler de publicar una segunda edición revisada, ha causado que sus hijos publiquen este libro. Al suscrito se le asignó la gozosa tarea de examinar y arreglar el manuscrito y las notas, las cuales el Dr. Koehler casi había completado para la publicación antes de su muerte. Aunque la segunda edición generalmente es una copia de la primera, ciertas partes han sido clarificadas y explicadas más detalladamente. Publicamos este libro con la esperanza que muchos puedan ser llevados a la verdad de Dios por medio del mismo, y muchos más sean confirmados en ese respecto.

Oakland, California, 19 de noviembre, 1951
ALFRED W. KOEHLER

CONTENIDO

PARTE I. Las sagradas escrituras

I. La Biblia: fuente y norma de la doctrina cristiana 23
Testimonio bíblico. Uso correcto y erróneo de la razón humana al determinar las verdades. Interpretación. Fuentes humanas rechazadas. El por qué las doctrinas humanas no deben ser aceptadas. Posición de la Iglesia Luterana.

II. Origen e inspiración de la Biblia 26
Diferentes escritores humanos, pero un solo Autor. El impulso divino para escribir. El contenido del pensamiento divino. Inspiración no idéntica con revelación. Palabras divinas o inspiración verbal. La inspiración un artículo de fe. Toda la Escritura es inspirada, todos los libros canónicos, pero no los escritos apócrifos; no hay grados de inspiración. Manuscritos originales.

III. Atributos de la Biblia 33
Autoridad de la Biblia. Infalibilidad y verdad, eficacia, suficiencia, perspicuidad y claridad de la Biblia.

IV. Divisiones de la Biblia 38
El Antiguo y Nuevo Testamentos. División según el carácter general de los diferentes libros. División de acuerdo a las dos doctrinas principales, la ley y el evangelio.

V. El propósito de la Biblia 39
La Biblia sirve para hacernos sabios para la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. Sirve para enseñar a los hombres a vivir una vida piadosa y santa. Sirve para ensalzar la gloria de Dios. Ningún otro libro puede lograr este propósito. La Biblia entera sirve este propósito.

VI. El uso de la Biblia 40
Todos los hombres deben usar la Biblia. Cómo ha de ser usada la Biblia. La Biblia es útil para enseñar, redargüir, corregir, instruir, consolar. Uso equivocado de la Biblia.

PARTE II. Dios

VII. Conocimiento natural y revelado de Dios 45
La naturaleza y la conciencia del hombre dan testimonio de la existencia de Dios. La creencia en la existencia de Dios es universal. Extensión y límite de este conocimiento. Su propósito. El conocimiento revelado de Dios.

VIII. La esencia y los atributos de Dios 48
La esencia divina: Dios es una realidad, un ser espiritual, personal, con existencia propia. Antropomorfismo. Los atributos divinos: Uno, simple, inmutable; infinito con respecto al espacio, por tanto, omnipresente; infinito con respecto al tiempo, por tanto, eterno; Dios es un ser vivo, activo, omnisciente, sabio; él tiene su propia voluntad; la santidad de Dios, la rectitud y justicia personales de Dios, su rectitud en la ley, en el evangelio; Dios es la verdad; la omnipotencia de Dios, su bondad: Benevolencia, misericordia, amor, gracia, paciencia.

IX. El Dios trino y uno 55
La unidad de Dios. Monoteísmo contra politeísmo. Importancia práctica. La Trinidad de Dios. Tres personas distintas. Testimonio bíblico. El Padre, Dios verdadero. El Hijo, Dios verdadero. El Espíritu Santo, Dios verdadero. Trinidad en unidad. Dios es incomprensible en su esencia, en sus atributos, en su Trinidad en la unidad. Una doctrina fundamental.

PARTE III. La creación y la providencia

X. La creación del mundo 60
La fuente de información. El Creador. La creación. El tiempo. Progresión ordenada. La meta de la creación. Comparación entre la narración bíblica y los mitos acerca de la creación de tiempos antiguos y modernos.

XI. La providencia divina 64
Dios «descansó». Preservación directa. Preservación por medios. Concurrencia de Dios en general y en las malas y buenas obras de los hombres. El gobierno de Dios en la naturaleza, en las vidas de las naciones y de las personas. Control del mal.

PARTE IV. Los ángeles y el hombre

XII. Existencia de los ángeles 71
Existencia de los ángeles. Tiempo de su creación. Su naturaleza. Los ángeles buenos y su oficio. Los ángeles malos: Su caída, destino, carácter y trabajo.

XIII. El hombre 75
La creación del hombre. Su naturaleza. Propagación. Estado prístino del hombre. La Caída del hombre y sus consecuencias.

PARTE V. La ley y el pecado

XIV. La ley 82
El conocimiento natural de la ley. La conciencia y sus funciones. Actuar contra la conciencia es pecado. La ley revelada. Definición y autoridad de la ley. La obediencia no es opcional, debe ser perfecta. El cumplimiento de la ley es imposible para el inconverso, imperfecto en los cristianos. La maldición de la ley. El propósito de la ley: no salvar, sino servir como espejo, como guía, como freno. El cristiano y la ley.

XV. El pecado 92
Definición. Causa del pecado: No Dios, sino el diablo y la voluntad perversa del hombre. Consecuencias del pecado: Culpa, ira de Dios; el castigo es muerte espiritual, temporal y eterna.

XVI. El pecado original 98
Culpa hereditaria; el primer pecado de Adán imputado a todos los hombres. Depravación hereditaria, la condición corrupta de nuestra naturaleza entera heredada de nuestros padres. Testimonio bíblico. El pecado original no es parte esencial de la naturaleza humana. Es universal y está adherido al hombre por toda la vida.

XVII. El pecado actual 102
Definición. Clasificación. El pecado contra el Espíritu Santo. Endurecimiento del corazón. Pecados contra la conciencia. Origen y causa de los pecados actuales. Tentación. Tropiezos. Cosas indiferentes (Adiaforia).

PARTE VI. Salvación por la gracia de Dios por medio de la redención en Jesucristo

XVIII. La gracia salvadora de Dios 111

Necesidad de la gracia. La salvación por la gracia, rasgo distintivo de la religión cristiana. Definición de la gracia. La gracia en Cristo. Atributos de la gracia: Universal, activa, sincera, eficaz.

XIX. La persona de Cristo 115

1. Nombres del Redentor: Jesús, nombre personal; Cristo, nombre oficial. 2. Naturalezas de Cristo: verdadero Dios, engendrado del Padre desde la eternidad; verdadero hombre, nacido de la virgen María. Peculiaridades de su naturaleza humana: Nacimiento virginal, pureza, inmortalidad, sin personalidad propia. 3. Unión personal de las dos naturalezas en Cristo; dos naturalezas, cada una distinta y completa, pero tan íntimamente unidas que forman una sola persona. Esta unión personal es un misterio. Cuándo y cómo se realizó esta unión. 4. Comunicación de atributos: Primer género, segundo género, tercer género. 5. ¿Por qué tuvo que ser nuestro Salvador verdadero Dios y verdadero hombre?

XX. La vida del Redentor en los estados de humillación y exaltación 130

1. La humillación. Lo que no es. Definición. Testimonio bíblico. Propósito y necesidad. 2. Diferentes períodos de la humillación: Concepción y nacimiento, vida de Cristo, su sufrimiento, muerte y sepultura. 3. Exaltación. Definición y prueba. 4. Diferentes períodos de la exaltación: Descenso al infierno, el hecho y significado de la resurrección, los cuarenta días, la ascensión, sentado a la diestra de Dios, la segunda venida.

XXI. La obra u oficio de Cristo 143

La obra de Cristo forma una unidad, sin embargo nosotros distinguimos tres oficios. 1. El oficio profético. ¿Qué es un profeta? Cristo el Profeta, quien reveló la voluntad de Dios al hombre por medio de hombres santos de Dios, personalmente, y todavía lo hace por medio del ministerio. Contenido de esta revelación. 2. El oficio sacerdotal. ¿Qué es un sacerdote? Cristo nuestro Sumo Sacerdote y Sacrificio. Significado de los sacrificios en el Antiguo Testamento. 3. La obra de nuestro Sumo Sacerdote. El rescate. Satisfacción por su obediencia activa y pasiva. Redención universal. El fruto de la redención: Cristo nos redimió del pecado, la muerte, y el poder del diablo. El oficio

sacerdotal en el estado de exaltación. 4. El oficio de Rey. Cristo es Rey, pero no un rey terrenal. El reino de poder, de gracia y de gloria. Relación de estos reinos el uno con el otro. 5. El propósito de la obra de Cristo.

PARTE VII. Salvación por la gracia de Dios por medio de la santificación del Espíritu Santo

XXII. La conversión no es la obra del hombre sino de Dios 161

Relación entre la obra de la redención y la obra de la santificación. 1. La conversión no es obra del hombre. Puntos de vistas sinergistas. El hombre es capaz de conversión. El hombre no puede creer en Cristo por su propia razón, fuerza y voluntad; sin embargo no es convertido contra su voluntad. 2. La conversión es obra del Espíritu Santo. Es una obra de la gracia divina. El Espíritu Santo obra por los medios de gracia. El método de la gracia.

XXIII. La conversión 169

La conversión es un cambio del corazón. 1. Por la ley Dios obra el conocimiento del pecado y la contrición de corazón; tal arrepentimiento es un requisito previo indispensable para la conversión. 2. El Espíritu Santo llama a los hombres por medio del evangelio, diligentemente los invita a venir a Cristo y gratuitamente les ofrece las bendiciones de su gracia. 3. El Espíritu Santo los ilumina con sus dones creando la fe en sus corazones. Conocimiento intelectual y conocimiento espiritual de las verdades evangélicas. El conocimiento espiritual es la fe. La conversión no es un proceso prolongado, sino un cambio instantáneo. Conversión reiterada. Conocimiento de nuestra conversión. Terminología. Arrepentimiento. Contrición.

XXIV. La fe 177

La fe es la obra de Dios y un acto del hombre. La esencia de la fe. El objeto de la fe. Fluctuaciones y pérdida de la fe. Funciones de la fe.

XXV. La justificación por la fe 186

Declaración general. La justificación en detalle; no es una transformación moral, sino una declaración judicial; por lo tanto, no es parcial y progresiva, sino completa y perfecta. ¿Por qué la fe salva? Resultados de la justificación.

XXVI. La santificación por medio de la fe 197
Significado de la palabra santificación. La santificación en detalle. La verdadera fe siempre santifica. La santificación varía, nunca es perfecta, no es opcional, no tiene poder salvador. La causa de la santificación.

XXVII. Las buenas obras 204
Debemos distinguir entre las obras que son buenas delante de los hombres y aquellas que son buenas delante de Dios. Las últimas deben conformarse con la voluntad de Dios, la ley, y proceder de un corazón que ama. Tales obras no pueden ser hechas por el incrédulo, ni es buena obra todo lo que un cristiano hace. La cualidad moral de las cosas indiferentes es determinada por el motivo que las anima. Las buenas obras son necesarias, pero no para la justificación y salvación; sin embargo, ellas son recompensadas.

XXVIII. La oración 209
Los cristianos oran. Formas de oración. Contenido y base de la oración. Debe ser dirigida al Dios Trino. ¿Qué debe movernos a orar? ¿Qué podemos pedir en oración? ¿Por quiénes debemos orar? ¿Cómo debemos orar? ¿Cuándo y dónde debemos orar? Eficacia de la oración.

XXIX. La vida de un cristiano es una vida bajo la cruz, pero una vida de esperanza 217
1. Todos los seguidores de Cristo llevan su cruz. ¿Qué puede ser considerado como una cruz? Cada cristiano tiene su propia cruz. El propósito de la cruz. 2. Una vida de esperanza. ¿En qué esperamos nosotros? La esperanza del cielo afecta nuestras vidas sobre la tierra.

XXX. Preservación mediante la fe para salvación 221
Dios nos mantiene en la fe por los medios de gracia, los cuales debemos usar diligentemente. La meta de la fe es la salvación del alma. Advertencias contra la apostasía. La salvación es exclusivamente la obra de la gracia divina. Dios quiere que todos los hombres sean salvos. No todos son salvos. Una dificultad.

XXXI. La elección por la gracia 228
Declaración general. Testimonio bíblico. Elección en detalle. Resumen; la elección incluye no meramente la salvación final de los electos, sino todo el camino que lleva al cielo. El conocimiento de nuestra elección depende de nuestra fe. Relación de la elección por la gracia con la obra de la gracia. Enseñanzas falsas sobre la elección.

PARTE VIII. Salvación por los medios de gracia

XXXII. El evangelio 237
Necesidad de los medios de gracia. ¿Cuáles son los medios de gracia? Las funciones del evangelio. La validez y eficacia de los medios de gracia. El evangelio es siempre eficaz, pero no siempre efectivo a causa de la voluntad perversa del hombre.

XXXIII. La ley y el evangelio 243
Ambos son la palabra de Dios, pero son diferentes en cuanto al contenido, propósito y efecto. Diferencia entre la ley y el evangelio. El uso de la ley y el uso del evangelio.

XXXIV. Los sacramentos 246
El término «sacramento». Definición. Validez de los sacramentos. El poder, el beneficio, el número de los sacramentos.

XXXV. El sacramento del bautismo 252
El bautismo de Juan. El bautismo de Cristo, una institución permanente en la iglesia. El elemento externo. El modo de bautizar. La fórmula trinitaria, su significado. ¿Quién debe ser bautizado? El bautismo de los niños. Un medio de gracia que ofrece perdón y regenera. El poder para hacer esto reside no en el agua, sino en la palabra de Dios. El bautismo no debe ser repetido. El bautismo es necesario, pero no absolutamente necesario. Recuerdo diario del bautismo.

XXXVI. El sacramento del altar 263
Nombres. Es una institución divina. Elementos visibles. Elementos celestiales. Transubstanciación romana. Representación de los reformados. Doctrina bíblica. ¿Qué iglesia tiene la cena del Señor? La unión sacramental. ¿Cómo se efectúa? Validez del sacramento. Consagración. La propia acción sacramental. El comer y el beber sacramentales. «Haced esto en memoria de mí». La misa papista. La cena del Señor es un medio de gracia. «Este es el nuevo pacto en mi sangre». El uso del sacramento. Examen. Comunión abierta y cerrada. Necesidad. Razones para la comunión frecuente.

PARTE IX. La iglesia

XXXVII. La iglesia invisible 290
Definición y testimonio bíblico. Atributos de la iglesia: Invisible, una, santa, universal o católica, imperecedera, la única donde hay salvación. La edificación y preservación de la iglesia es obra de Dios, quien usa para este fin los medios de gracia, los cuales son administrados por la iglesia. ¿Dónde puede ser hallada esta iglesia?

XXXVIII. La iglesia visible 299
Definición. Denominaciones religiosas; ellas son diferentes en doctrina. Iglesias verdaderas e iglesias falsas. El deber de todo cristiano de probar las enseñanzas de su iglesia con la palabra de Dios. Cuando se dice que la Iglesia Luterana es la verdadera iglesia visible, ¿qué se significa y qué no se significa con eso? Unidad de fe y unionismo. La insistencia en la pureza de doctrina es necesaria para lograr el propósito de la palabra de Dios. La iglesia local o congregación.

XXXIX. El gobierno de la iglesia 307
La forma de gobierno es ambas: una monarquía y una democracia. Cristo gobierna su iglesia por medio de su palabra. Bajo Cristo la congregación es soberana. La jerarquía romana. La iglesia no tiene autoridad divina para legislar en asuntos no determinados por la palabra de Dios. No hay necesidad de un sacerdocio para mediar entre Dios y su pueblo. Los ancianos no son señores sobre la herencia de Dios.

XL. El poder de la iglesia o el Oficio de las Llaves 311
El Oficio de las Llaves es un poder espiritual, dado por Cristo a su iglesia en la tierra, a cada congregación local. El poder es ejercido por medio de la palabra, no por la espada, y no se extiende más allá de la palabra. La verdad esencial de esta palabra es la gracia de Dios en Cristo; la iglesia ha sido comisionada para proclamar esta verdad; de ahí que debe administrar los medios de gracia.

XLI. El poder de remitir y de retener los pecados 315
El poder de perdonar. En qué sentido la iglesia perdona los pecados. La absolución es incondicional. El poder de retener. La iglesia debe usar este poder de acuerdo con la instrucción de Cristo.

XLII. Disciplina eclesiástica 318
La disciplina eclesiástica es un deber. Procedimiento. Significado de la excomunión. Propósito.

XLIII. El oficio del ministerio cristiano 322
El sacerdocio real de todos los creyentes. Diferencia entre éste y el ministerio público. El ministerio es una institución divina. La congregación local tiene el derecho de llamar a su propio ministro. Los ministros son llamados por Dios por medio de la congregación. Quién puede ser llamado al ministerio. Llamamiento y ordenación. El clero no constituye una «orden sagrada». No hay grados en el ministerio cristiano. El propósito y el poder de este oficio. Necesidad. El ministerio cristiano, el más alto oficio en la iglesia.

XLIV. El Anticristo 332
Sentido general y específico del término. Las señales del Anticristo. Esta descripción encaja en el papado romano.

PARTE X. El orden político

XLV. Gobierno político 338
Distinción necesaria. Procedencia del poder civil. Tipo de gobierno. Propósito. Derechos. Límite de este poder. Principio básico. Nuestro deber hacia el estado.

XLVI. Separación del estado y la iglesia 341
La diferencia entre ambos. Su separación. No estado-iglesia y no iglesia-estado.

XLVII. El matrimonio 344
Una institución divina pero no un sacramento. Celibato contra el matrimonio. Poligamia. Matrimonios prohibidos. Definición. Esponsales. Relación mutua entre esposo y esposa. El matrimonio es una unión para toda la vida. Divorcio y segundas nupcias.

PARTE XI. Las últimas cosas

XLVIII. La muerte temporal 353
Definición. Causa. Un hecho universal. No es el fin de la existencia del hombre.

XLIX. El estado de muerte 355
El cuerpo se descompone. El alma está o en el Paraíso o en el infierno. Las almas no regresan a la tierra. No hay purgatorio. El destino eterno del hombre es determinado en el momento de su muerte.

L. La segunda venida de Cristo 357
El hecho. La manera. La hora. Señales de su venida.

LI. El milenio 360
Posición de la Iglesia Luterana. Pre-milenarios. Post-milenarios. Examen de los textos citados en apoyo de esta enseñanza. Conversión de «todo Israel». El quiliasmo es contrario a la Biblia.

LII. La resurrección de los muertos 363
La posibilidad de una resurrección. El hecho. La hora. La causa eficiente. ¿Quiénes resucitarán? Identidad de las personas en cuerpo y alma. Condición del cuerpo; una diferencia.

LIII. El juicio final 367
¿Cuándo y dónde? El Juez. Lo que será juzgado. ¿Bajo qué regla serán juzgados los hombres? No según la ley, sino según el evangelio. El juicio no es una investigación, sino simplemente el pronunciamiento de la sentencia final. Castigo y recompensa.

LIV. El fin del mundo 371
El hecho. La hora. Medios de destrucción. Aniquilación o renovación.

LV. Condenación eterna 374
El hecho. El estado de los condenados. Lugar del infierno. Propósito de esta doctrina.

LVI. Salvación eterna 376
El hecho. El estado de bienaventuranza. ¿Dónde está el cielo? El camino al cielo. Propósito de esta doctrina.

Siglas de las Confesiones Luteranas 382

Bibliografía 382

Índice de materias 383

PARTE I. LAS SAGRADAS ESCRITURAS

I. LA BIBLIA: FUENTE Y NORMA DE LA DOCTRINA CRISTIANA

1. Para que sea posible determinar lo que es considerado como doctrina cristiana es necesario antes estar de acuerdo sobre la fuente de donde tal doctrina es tomada, y sobre la norma por la cual debe ser juzgada; de otra manera, es imposible obtener un acuerdo.

2. Nadie puede decirnos lo que Dios quiere que creamos y hagamos, sino Dios mismo. « . . . nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Co. 2:9-11). Por consiguiente, nuestro conocimiento de Dios y de su voluntad hacia nosotros no puede ser derivado de otra fuente sino de la propia palabra de Dios. «¿No consultará el pueblo a su Dios? . . . ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto es porque no les ha amanecido» (Is. 8:19, 20). La palabra de Dios debe ser también el criterio y la norma según los cuales los maestros y sus enseñanzas deben ser juzgados. «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad» (Jn. 8:31, 32). «Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios» (1 P. 4:11).

Las Confesiones Luteranas, por consiguiente, declaran: «Creemos, enseñamos y confesamos que la única regla y norma según la cual deben valorarse y juzgarse todas las doctrinas juntamente con quienes las enseñan, es exclusivamente la Escritura profética y apostólica del Antiguo y del Nuevo Testamento» (F.C., Epít., *Libro de Concordia*, pág. 497.1).

3. Si deseamos transmitirle nuestros pensamientos a una persona, debemos hacerlo en un lenguaje que ella entienda. Ya que el propósito de la palabra de Dios es que los seres humanos entiendan y aprendan, es necesario que ella sea revelada en palabras de un lenguaje humano que las mentes humanas puedan

entender. La palabra de Dios no funciona como una fórmula mágica que no necesita ser entendida. Nosotros necesitamos saber y entender lo que ella significa. Al escudriñar las Escrituras necesitamos, en consecuencia, usar nuestro conocimiento del idioma y la gramática, usar nuestras facultades para descubrir el sentido y significado de lo que leemos, y entonces poder formular en declaraciones doctrinarias o credos lo que hayamos encontrado o descubierto, como lo hemos hecho en las Confesiones de nuestra iglesia. Ese uso instrumental de nuestras facultades mentales es propio y necesario si queremos conocer las Escrituras.

4. No es nuestro trabajo determinar si lo que hemos aprendido está de acuerdo con el verdadero sentido del texto bíblico, aceptando o rechazando lo que está o no está de acuerdo con nuestra opinión personal y manera de pensar. El uso judicial o crítico de la razón humana está absolutamente fuera de lugar cuando se trata de verdades divinas. Donde Dios ha hablado, el derecho al juicio privado desaparece. «Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Co. 10:5). Debemos tomar las palabras de las Escrituras en el sentido y significado que ellas tienen. No podemos agregar ni quitar nada de ellas (Dt. 4:2), ni corromper la palabra de Dios poniendo nuestro propio significado en el texto (2 Co. 2:17). No debemos, por lo tanto, «corregir» las Escrituras de acuerdo a nuestras ideas y deducciones lógicas, sino lo contrario, corregir nuestros pensamientos y opiniones de acuerdo a las Escrituras.

5. Interpretar las Escrituras significa explicar y exponer nuevamente con nuestras propias palabras lo que los textos de la Biblia realmente significan y enseñan. «Sensus literalis unus est». Un texto de la Escritura no puede tener más que un solo sentido y significado propuesto divinamente; dos interpretaciones contradictorias del mismo texto no pueden ser ambas correctas. Una verdadera interpretación de la Biblia, por consiguiente, consiste en encontrar, exponer y reafirmar el significado divinamente propuesto de las declaraciones de las Escrituras, tomando las

palabras como están escritas, en su propio y completo sentido, tal como está determinado en el contexto, y rechazando todo lo que se oponga a la «analogía de la fe», es decir, a otros pasajes claros de la Biblia que enseñan esa doctrina particular. Hay doctrinas en la Biblia que no se acomodan a nuestra particular manera de pensar; otras que no pueden ser armonizadas entre sí; pero no hay ninguna que contradiga a la otra. «Tu palabra es verdad» (Jn. 17:17). Nuestro propósito no es, por tanto, probar que las enseñanzas de la Biblia son verdaderas, para satisfacer la razón humana, sino simplemente demostrar que nosotros enseñamos de acuerdo con la Biblia.

6. Una doctrina, para ser verdadera, no necesita estar de acuerdo con las resoluciones de los concilios de la iglesia, los escritos confesionales de una iglesia, las deducciones de la razón humana, los descubrimientos de la ciencia, etc., sino que debe estar de acuerdo en todas sus partes y puntos con las declaraciones de la Biblia. En consecuencia, rechazamos como fuentes y normas de la doctrina cristiana, todo tipo y forma de autoridad humana, tales como: Los padres de la iglesia, los concilios de la iglesia, las confesiones de la iglesia; la razón humana, la filosofía, la ciencia, las opiniones privadas; la «luz interior» de los entusiastas las nuevas revelaciones, el «relicario del corazón del papa».

7. Aceptar doctrinas hechas por el hombre como doctrinas de Dios:

(a) es una necedad. «Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres» (Mt. 15:9);

(b) no «establecerá», no dará una seguridad firme al corazón. «No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas» (He. 13:9);

(c) Es peligroso, porque destruye la verdadera fe. «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mt. 7:15);

(d) Es pecado, porque Dios lo prohíbe. «He aquí que yo estoy contra los profetas que endulzan sus lenguas y dicen: Él ha dicho» (Jer. 23:31)

8. Nuestras confesiones luteranas son bien claras en este punto. «Recibimos y aceptamos de todo corazón las escrituras proféticas y apostólicas del Antiguo y del Nuevo Testamento como la fuente pura y clara de Israel, la cual forma la única norma verdadera por la que han de ser juzgadas todas las doctrinas y los que las enseñan» (F.C., Decl. Sól., *Libro de Concordia,* pág. 542.3).

«No es válido que de las obras o palabras de los santos Padres se hagan artículos de fe . . . . Está escrito que la palabra de Dios debe establecer artículos de fe y nadie más, ni siquiera un ángel» (A.E., Art. II, *Libro de Concordia*, pág. 304.15).

«Ni al papa ni a la iglesia les concedemos el poder de decretar algo en contra de este consenso de los profetas» (Apol., Art. 12, *Libro de Concordia*, pág. 178.66).

«Por lo tanto, es nuestro deber no interpretar y explicar estas palabras del eterno, verdadero y todopoderoso Hijo de Dios . . . según parezca agradable a nuestra razón, sino con fe sencilla y debida obediencia aceptar las palabras tal como rezan, en su sentido propio y claro, y no permitir que seamos desviados del Testamento expreso de Cristo por objeciones y contradicciones humanas, extraídas de la razón humana, no importa cuán atractivas parezcan a la razón» (F.C., Decl. Sól., Art. VII, *Libro de Concordia*, pág. 625.45).

II. ORIGEN E INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA

1. Diferentes escritores humanos, pero un solo Autor. La Biblia es una colección de libros, escritos en épocas diferentes y por hombres diferentes. Moisés y los profetas escribieron los libros canónicos del Antiguo Testamento en los idiomas hebreo y arameo; los evangelistas y los apóstoles escribieron los libros canónicos del Nuevo Testamento en el idioma griego. Sin embargo, sólo existe un Autor de toda la Biblia y ese autor es Dios. La

Biblia es el Libro de Dios, el cual no contiene meramente la palabra de Dios entremezclada con muchos agregados e interpolaciones humanos, sino que en todas sus partes *ES* la palabra de Dios.

De los escritores del Nuevo Testamento leemos: «Toda la Escritura es inspirada por Dios» (2 Ti. 3:16). También: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo» (He. 1:1, 2). Además, en otra parte, el mismo Apóstol San Pablo agrega: « . . . cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios . . . » (1 Ts. 2:13).

No todo lo que Dios ha dicho y hecho está registrado en la Biblia (Jn. 21:25); ni tenemos en la Biblia una revelación completa de Dios en el sentido de que todo lo que nos gustaría saber acerca de su esencia, juicios y propósitos nos ha sido dado a conocer (Ro. 11:33-36); mas todo lo que es necesario y provechoso para que nosotros conozcamos de Dios, él lo ha dado a conocer; por eso la Biblia dice que «en parte conocemos» (1 Co. 13:9).

2. La inspiración divina de la Biblia puede ser considerada bajo los tres encabezamientos siguientes: (a) cuándo los santos hombres escribirían; (b) qué escribirían; (c) cómo escribirían.

(a) El impulso divino para escribir—Los hombres que Dios usó como sus portavoces, sin duda también dijeron y escribieron otras cosas durante sus vidas; pero solamente hablaron y escribieron la palabra de Dios cuando hubo un impulso y mandato divino, cuando fueron movidos por el Espíritu Santo. «Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P. 1:21). La inspiración, por tanto, incluye la previa instigación divina o impulso peculiar de la voluntad para ocuparse en escribir.

(b) El contenido del pensamiento divino—El Espíritu Santo no solamente movió a estos hombres a escribir, sino que también

sugirió, inspiró y controló lo que ellos escribieron. El contenido del pensamiento de la Biblia, los hechos registrados, la verdad revelada, las doctrinas enseñadas, son en general y en particular, lo que Dios quiso que ellos escribieran, y en ningún caso escribieron algo que Dios no quiso que escribieran. Esto es cierto no solamente de las cosas que pertenecen a nuestra salvación, sino también las que se refieren a hechos históricos, acontecimientos en la naturaleza, experiencias personales y cosas semejantes. San Pedro escribe (1 P. 1:10-12): «Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo». En este pasaje, Pedro habla muy claramente del contenido de la profecía, y nos dice que el Espíritu de Cristo estaba en los profetas y daba testimonio de antemano de su obra redentora, y que su cumplimiento era ahora predicado por medio del Espíritu Santo en el evangelio.

San Pablo escribe (2 Ti. 3:16): «Toda la Escritura es inspirada por Dios». De este texto es evidente que los hombres de Dios fueron no sólo movidos por el Espíritu Santo a hablar, sino que también lo que ellos hablaron y escribieron, «toda la Escritura», fue inspirado por Dios. El objeto de la inspiración, en consecuencia, no fue los escritores en sí, los cuales fueron solamente los instrumentos del Espíritu Santo y que muy pronto morirían, sino los escritos, los libros, las Santa Escrituras, las cuales permanecerían en la iglesia hasta el fin del mundo. Lo que San Pablo dice del Antiguo Testamento es cierto también del Nuevo Testamento. Jesús había prometido a sus discípulos el Espíritu Santo, de quien dijo: «Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn. 14:26); y otra vez: «Él os guiará a toda verdad» (Jn. 16:13). Esto se cumplió, ya que San Pablo escribe (1 Co. 2:13): «Lo cual también hablamos,

no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual», es decir, encajando las cosas espirituales con palabras espirituales, expresando las verdades del Espíritu con las palabras del Espíritu.

Inspiración no idéntica con revelación—La inspiración del contenido del pensamiento de la Biblia no es de ninguna manera idéntica a la revelación. «Revelar» significa «hacer conocidas las cosas desconocidas». Todo lo que está escrito en la Biblia es inspirado, pero no todo en ese respecto fue divinamente revelado. Nadie, por sí mismo, podría conocer algunas de las cosas registradas en la Biblia; esos son los misterios de Dios, divinamente revelados a los escritores (1 Co. 2:7-13; Ef. 3:2-6). Sin embargo, otras cosas fueron conocidas por los escritores por la observación y experiencia personal (1 Jn. 1:1-3). Otras fueron aprendidas por indagación e investigación (Lc. 1:1-3). Otras aún son la expresión de sus sentimientos y sensaciones personales, como podemos encontrarlas en muchos de los salmos. **La inspiración se refiere a la acción de decir** (2 P. 1:21) **y de escribir** (2 Ti. 3:16) **sobre esas cosas.** Al hablar o escribir sobre esas cosas, las cuales ellos habían aprendido de otras fuentes, estos hombres estuvieron tan controlados por el Espíritu Santo que todo lo que hablaron o escribieron fue precisamente lo que Dios quería que hablasen o escribiesen.

c) Palabras divinas o inspiración verbal. La inspiración se extiende no sólo al tema de la Biblia, sino también a las palabras, sí, hasta la forma gramatical que fue usada para expresar los pensamientos divinos. El Espíritu Santo iluminó a estos hombres cómo deberían escribir. A Jeremías Dios le dijo: «Escríbete en un libro todas las palabras que te he hablado» (Jer. 30:2). David dice: «El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua» (2 S. 23:2). Pedro nos dice que los santos hombres de Dios hablaron, pronunciaron palabras, inspirados por el Espíritu Santo (2 P. 1:21). Pablo nos informa que las cosas que él enseñaba fueron expresadas en «palabras . . . que enseña el Espíritu Santo» (2 Co. 2:13). Cristo señala una

sola palabra, «dioses», y agrega que la Escritura no puede ser quebrantada (Jn. 10:34, 35; Sal. 82:6). Pablo construye un argumento completo sobre el caso singular en la palabra «simiente» (Gá. 3:16). No fue por un mero accidente que Moisés (Gn. 22:18) usó la forma singular, «en tu simiente», sino que fue la voluntad de Dios que esa forma fuese empleada.

Como un ejemplo de cómo obró la inspiración, podemos señalar el milagro de Pentecostés, cuando los discípulos fueron inspirados por el Espíritu Santo y hablaron de las maravillas de Dios según el Espíritu «les daba que hablasen» (Hch. 2:4, 11).

Debemos insistir en la inspiración verbal de la Biblia porque la Biblia la enseña y porque, de otra manera, nunca podríamos estar seguros si las palabras usadas por los santos hombres de Dios expresan exactamente los pensamientos y verdades de Dios.

Las palabras que un hombre dice no siempre expresan claramente sus propios pensamientos; aún más difícil para uno es expresar los pensamientos de otro. Por tanto, si el Espíritu Santo no hubiera controlado cada una de las palabras que los escritores sagrados usaron, podríamos muy bien preguntarnos: ¿Quiso realmente Dios decir lo que las palabras de esos hombres significan?

Si a causa de las variantes encontradas en los manuscritos, uno rechazara la inspiración verbal de la Biblia, también tendría que rechazar firmemente la doctrina entera de la inspiración. Porque ¿cómo podríamos saber que alguna copia contiene todavía el texto inspirado? Entonces la Biblia es simplemente un libro humano ordinario y no la palabra de Dios. «Las variantes» son el resultado de hacer nuevas copias de las Escrituras a mano, con pluma y tinta. A pesar del cuidado que tuvieron para evitarlas, las imperfecciones fueron introducidas inadvertidamente, a medida que las copias fueron hechas. Las variantes alcanzan quizá el número de 150.000. Un análisis de esas lecturas desvanece rápidamente cualquier alarma que pueda haber surgido. Por lo general ellas no tienen ninguna autoridad; nadie puede suponer que sean genuinas. De las restantes, la mayor parte no tiene importancia pues no afectan el sentido. Cuando comparamos la Versión Revisada del Nuevo Testamento (con las notas margina-

les) con el texto de la Versión Común o Autorizada, podemos ver de qué mucha, o más bien, de qué poca importancia son las demás, por lo general. Ninguna de las variantes cambia o destruye una sola doctrina de la Biblia.

3. Este control total ejercido por el Espíritu Santo en la inspiración no redujo a los escritores humanos a meros autómatas. Ellos no fueron como instrumentos mecánicos en la mano de Dios que no sabían lo que hacían; ya que la acción de escribir fue por su parte un acto consciente, voluntario e inteligente; ellos sabían lo que estaban haciendo y escribiendo. David se daba cuenta que el Espíritu de Dios hablaba por él (2 S. 23:2), y Pablo estaba completamente consciente cuando escribió sus cartas a las iglesias (2 Ts. 3:17).

Tampoco debemos concebir que la inspiración fue un dictado mecánico, como cuando un hombre dicta una carta a su taquígrafa. Cada escritor usó sus poderes mentales, ordenó sus pensamientos y argumentos, escogió sus palabras, construyó sus oraciones y retuvo su propio estilo y modo de hablar. Sin embargo, en todo este proceso los escritores estuvieron constantemente bajo el control del Espíritu Santo, quien puso en acción, «movió», su aparato mental, e hizo uso de su educación y erudición, de manera que su investigación y pensamiento, su selección de palabras y el arreglo de los argumentos fueron usados por el Espíritu Santo y los hizo el medio de su actividad y comunicación. El Espíritu Santo usó diferentes tipos de hombres como sus amanuenses: Reyes y campesinos, pescadores e intelectuales, haciendo uso de sus distintas habilidades, erudición y estilos de escribir.

La inspiración es un profundo misterio. Nunca ha sido duplicado. No puede ser demostrado por algún experimento psicológico, ni puede su oculto y profundo trabajo ser explicado, así como no podemos explicar la permanencia de Dios en sus criaturas (Hch. 17:28). La Biblia enseña el hecho de la inspiración, pero no el «cómo», y no hay nada en el campo de la experiencia humana que pueda explicarnos el *«theopneustos»* de las Escrituras.

4. La inspiración de la Biblia es un artículo de fe que ha de ser creído por el propio testimonio de la Biblia referente a sí misma. La objeción que la Biblia no puede dar testimonio en su propio favor no es válida. Aun en asuntos humanos, nosotros no determinamos la esencia de una cosa por muestras o señales externas, sino por la evidencia suministrada por la cosa misma. Cuando los levitas querían saber quién era Juan Bautista, fueron directamente a él y le preguntaron: «¿Qué dices de ti mismo?» (Jn. 1:19-28). En consecuencia, si queremos saber lo que la Biblia es, la única cosa razonable que hacer es averiguar lo que la Biblia dice de sí misma. Y ella dice que es la palabra de Dios dada por inspiración del Espíritu Santo. Este testimonio de la Santa Escritura concerniente a sí misma lleva consigo convicción, convicción divina. La Biblia se autentica ella misma. Cualquiera que niega en parte o en todo la inspiración de la Biblia no puede hacerlo basándose en la evidencia bíblica, sino que lo hace por otras razones, ya sean racionales o morales.

5. Toda la Escritura es inspirada. Lo que se ha dicho acerca de la inspiración se aplica igualmente a todos los libros canónicos de ambos testamentos. De ahí que los escritos de los «apóstoles y profetas» (Ef. 2:20) son en un sentido igual el fundamento de la iglesia. Así como no hay grados de inspiración, tampoco hay diferencia en autoridad.

A menos que aceptemos «toda la Escritura» como inspirada, no tendremos fundamento para nuestra fe. Si los hombres han de determinar lo que es inspirado en la Biblia y lo que no lo es, al final no quedará nada; porque no hay una parte o doctrina de la Biblia que alguien no considere inspirada. Si a causa de las objeciones humanas rechazamos una parte, por la misma razón debemos rechazar las demás; si arrancamos una tabla, la plataforma entera se volverá insegura. Aun si todos estuvieran de acuerdo sobre ciertas materias, nuestra fe descansaría en en el juicio de hombres falibles. O todo o nada. Si el relato de la creación es un mito, entonces no hay razón, por qué pensar que el evangelio de nuestra salvación no es igualmente un mito. Los que atacan la inspiración plenaria de la Biblia están derribando

el cimiento mismo, dejando detrás solamente desechos y ruina, nada sobre lo cual edificar nuestra fe.

«Si solamente los misterios de la fe, que están contenidos en las Sagradas Escrituras, dependen de la inspiración, y todo el resto que puede ser entendido a la luz de la naturaleza, depende meramente de la dirección divina, entonces la Sangrada Escritura en su totalidad no es inspirada. Mas Pablo declara que toda la Escritura es divinamente inspirada. Por consiguiente, no sólo los misterios de la fe, sino también las verdades restantes en la Biblia que pueden ser entendidas a la luz de la naturaleza son divinamente sugeridas e inspiradas» (Hollaz).

6. Los libros apócrifos, los cuales nunca fueron incluidos en el término «Sagradas Escrituras», no fueron inspirados. Su lectura es de provecho, pero son documentos humanos, los cuales no deben ser usados para establecer verdades divinas.

7. Las copias y traducciones de las Sagradas Escrituras no son inspiradas. Estrictamente hablando, sólo los manuscritos originales fueron escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo. Los documentos originales ya no existen. Solamente poseemos copias, en realidad copias de una larga serie de copias anteriores. Sin embargo, una copia o versión correcta del texto original es tan ciertamente la palabra de Dios como lo es el original mismo. Un sermón o tratado explicando una verdad bíblica no es inspirado; pero puesto que éste realmente presenta la verdad bíblica, es ciertamente la palabra de Dios. Un error de los copistas, traductores o comentaristas no está investido de autoridad divina.

III. ATRIBUTOS DE LA BIBLIA

1. La autoridad de la Biblia. No es la autoridad de un hombre: Moisés, Pablo o Pedro, sino la autoridad del mismo Dios soberano, la que se encuentra detrás de cada declaración, doctrina, promesa, y mandamiento de la Biblia. «Dios . . . habiendo hablado . . . por los profetas» (He. 1:1). «Lo que os escribo son mandamientos del Señor» (1 Co. 14:37). Esta autori-